pio dolor, reconociendo otra vez en la fé del Dios *víctima*, la obra del Dios verdadero. ¡Y cómo no! si ese arcano del Dios hecho hombre y nacido de la Vírgen, es una maravilla hecha para el alivio de todos los que sufren. Así ha sucedido con los más de los hombres que tuvieron bueno su corazon: ya se les habia dicho que la doctrina del Cristo Jesus era venida de lo alto, y no acababan de creerlo; pero cuando les llegaron los dias de luto que á cada uno se nos asignaron por Jehováh, reconocieron al fin que el Cristo es el hijo de Dios vivo y que son sus caminos todos verdad y vida. Agustin el Africano, que era muy sensible, no bien pensó en las lágrimas de su madre que le hababa sin cesar de acogerse al buen Dios, vencido, creyó al cabo; mas le pesaba reconocer tan tarde la verdad antigua y amar hasta entónces la hermosura nueva; y lo mismo sucedió á Gerónimo. Así fué que el Acolhua amó de entónces más á la Vírgen Santa María.

En tanto que el piadoso Nezahualpílli celebraba con amargas lágrimas las exequias de Ayauhcíhuatl, ya que no le fué dado cerrarle sus ojos ni acompañarla al campo de los muertos, Maxtlaton ponia por obra el mal que maquinaba. El favor de Ojeda y de otros enemigos de la nueva audiencia, habia valido al de Tlaxcala para quedar impune de sus atentados, nada pudiendo el Gobernador de Texcoco cuando los blancos querian abusar de su valimiento; nada era que el sagrado recinto de las doncellas acólhuas confiadas á las matronas de Castilla, fuese inviolable: los enemigos de Zumárraga y de los misioneros tenian en muy poco á la vírgen princesa de Tacuba hija de Atotóchtli, y á todas las hijas de Anáhuac, y el buen Obispo y sus hermanos apénas podian contra ellos.

Ignoraba, pues, el Apóstata que ya estuviese su rival en Texcotzinco de vuelta de Castilla, y es que este se ocultaba queriendo guardar su luto durante trece soles.

Llegó por fin la noche que habían señalado los perversos para consumar su crímen, y era ya como la segunda vigilia. El viento no rugia, ni la tempestad tronaba en las alturas, ni los luceros negaban su luz á los malos. En Texcotzinco todos dormian ya, ménos Nezáhual; en Texcoco, en el retiro de las doncellas indias todas dormian asímismo, excepto Papan, que no bien supo la vuelta del hermano de Jocótzin el insomnio se apoderó de su alma por el ánsia de verlo. Los gemidos del viento acompañaban los pasos de los foragidos, y las teas que escondian cuidadosos apénas fulguraban en las sombras. Como cuando el alcon desapiadado sorprende la morada de la paloma silvestre, la inocente reposa tranquila, oculta en lo intrincado de las malezas ó en el retiro de alguna escarpada roca, empero nada la esconde á la fatal mirada de su feroz enemi-

go; así la tímida Papan, segura en el asilo de la religion, no siente latir su pecho sino por los amores, y no son sus sobresaltos ni sus insomnios sino por los peligros y trabajos del hermano de Jocótzin.

Mas hé aquí que de súbito los bárbaros penetran en aquella mansion inviolable, en direccion segura al aposento de la Princesa, como si hubiese alguno que les mostrase los secretos del virginal asilo.

¡O angustia! la púdica vírgen á la siniestra luz de la tea, reconoció al protervo, y al exhalar un grito de espanto cayó desfallecida abandonándola sus fuerzas, helada de terror su sangre. En vano quiso llamar al cielo y á sus hermanas en su socorro, porque su voz ahogóse una vez y otra en su garganta. Cubierta apénas con la honesta ropa, lívido el semblante y en desórden los hermosos cabellos, envidia de las hijas de Anáhuac, era llevada en brazos de los foragidos la más hermosa y pura de las doncellas de Texcoco.

Mas no bien los raptores escalaban el muro para bajar su presa, el alarido de las vírgenes que se apercibieron del atentado inaudito, hizo estremecer su tranquila morada; las puertas que daban á las calles fueron abiertas, y se encendieron las luces, y las matronas que guardaban ese tesoro de Acolhuacan salieron por todas partes invocando el socorro de los que hacían la guardia de la Ciudad, en tanto que otras quedaban protegiendo

á las tímidas vírgenes trémulas de espanto y extraños temores. Así, pues, el rumor difundido bien pronto por todos los ámbitos, hizo creer que algun peligro amenazaba á la ciudad entera, y el toque de alarma de las campanas se dejó oir en el silencio de la noche, y respondieron los ecos hasta la colina de Texcotzinco. La retraida familia pensó muchas cosas al desusado anúncio, y el hermano de Jocótzin como si le avisase su corazon con recios latidos, alzóse apresuradamente, y armando su brazo cual si ya supiera que habia un robador á quien arrancar un tesoro, con rápido paso descendió á la llanura y allí deteniéndose un punto, habló consigo: "los raptores no huirán sino á las montañas ni tomarán senda sino entre el Oriente y la estrella fija, la más breve y segura para el criminal que huye!" Y al decir esto voló á cruzar la senda del raptor si por acaso allí viniese. A poco se le reunió Ecuangári. Solo Tezozcmoc quedaba en Texcotzinco para proteger su morada.

En medio del silencio alzábase un rumor en la vecina Ciudad, como de gente que estaba en alboroto; pero en el inmediato caserío nada turbaba las ecos sino el ladrar del mastin, que ya en el Nuevo-mundo era compañero del hombre. Nezáhual acercándose á la primera habitacion:

"Hermanos,—preguntó con sobresalto—¿cuál creeis sea la causa de ese alboroto?"

—"Nada sabemos"—contestaron allí.

—"¿Nada habeis visto ni oido?"—Replicó el amante.

—"Nada; si no es algunos hombres de los nuestros, y con ellos algunos blancos que obse rvamos pasaban silenciosos ántes del alarma; y cuando acudimos para saber qué fuese, nos pareció percibir el llanto de una mujer y voces como ahogadas; despues desaparecieron á la subida del monte."

Nezáhual estremeciéndose vaciló un instante. Mas luego volviéndose al de Michoacan:

"¡Vamos!"—le dijo con voz resuelta,—"¡vamos á salvarla!"

Ecuangári sin comprender qué fuese, partió sin miedo en pós del desalado amante.

Así como el pájaro al que arrebataron su nido en medio de la selva cuando ausente buscaba el alimento de sus hijuelos, á poco, sin que nuncio alguno se lo hiciese saber va cruzando los aires con doloroso afan en pós de los que llevan la inocente presa, y al descubrirlo se admiran los raptores; así el Texcocano sin más guía que el corazon ni más aviso que sus latidos violentos: solo tal vez oyera decir recien vuelto á los suyos, que Maxtlaton se dejaba ver por las calles de Texcoco en compañía de algunos blancos, y esa nueva despertó quizá en el ánimo del amante adivinar lo que de cierto su cedia.—Mas los del caserío vieron con sorpresa cómo

ba seguro el Príncipe, solo con su amigo, á correr quizá el riesgo de su vida en persecucion de aquella gente mayor en número, y así quedaron aguardando con ansiedad, porque el sobrino de Tezozomoc era muy querido de todos.

Entretanto Nezáhual y el de Michoacan observando adelante con mirar solícito y prestando atencion á todos los rumores, ascendian el monte alumbrados por la sola luz de los lejanos astros de la Altura; pero ni huellas recientes entre las hojas caidas, ni el ladrar de algun perro, ni algun gemido, ni alguna voz ahogada denunciaban á los que huian. Callaban los cielos, callaban las selvas y las llanuras de la falda. Salió despues la luna aunque decrecido su disco, proyectando á través mudas y dilatadas sombras; pero esa nueva luz nada descubrió á los que iban en pós de los raptores.

Así hubiera pasado todo el tiempo precioso de la media noche, si el desolado amante que no en vano invocó á la Virgen Santa, y que ya no sabía cuál rumbo tomar, no hubiese escuchado un súbito recuerdo que le trajo su angustia.

Hubo en las montañas de Tex coco, por la parte que desciende á las llanuras de Tlaxcala, una escondida gruta, en donde solia refugiarse el gran rey cuando vagaba perseguido: allí muchas veces se ocultaban los malhechores y los que perpetran oscuros crímenes, porque

su recinto estaba erizado de rocas y la religion de los de Anáhuac la hacía espantable para el vulgo crédulo. Pensando que Maxtlaton podia haber buscado ese asilo para el logro de sus torpes deseos, Nezáhual y Ecuagári desviaron su ruta por los barrancos y precipicios, y abriéndose paso por entre las breñas, descendieron á allí. La media noche declinaba y estaba ya próxima la aparicion de la grande estrella.

Hé aquí, pues, que ya entrados al sendero que conducia á la oculta caverna, los dos amigos oyeron detras de sí una voz acompañada de llanto, invocando á la Vírgen Santa y repitiendo "¡salvadme!" con ahogado acento.

Entónces el Acólhua lanzando el grito como si el leon rugiese:—"¡Vamos!"—dijo al que le seguia; y adelantándose con paso firme que tronchaba las ramas y desmenuzaba las hojas caidas, descubrió bien pronto á Maxtlaton y á tres de Anáhuac con él, que se habian detenido para tomar aliento; y estaba la hija de Atotóchtli estrechando el tronco de una jóven encina, y el malvado próximo á ella.

Mas el de Texcoco no pudo sufrirlo, y empuñando el *macuahuitl* cayó de súbito sobre Maxtlaton, y descargando el golpe sobre su cabeza le derribó en el polvo.

A ese punto, aquellos tres que tenia el raptor, salidos de su sorpresa, venian ya sobre el Texcocano; pero al

grito de gozo que exhaló Papantzin proclamando el nombre de su libertador, y con el pronto aparecer de Ecuangári, los de Anáhuac volvieron la espalda.

Entretanto, se alzó Maxtlaton, y viéndose perdido:—"¡Hiéreme, pero primero correrá tu sangre!"—Dijo; y y blandiendo el afilado acero y hurtando el cuerpo al golpe de Nezáhual, iba á herirle de muerte si afortunado el de Michoacan no detuviera el ágil brazo de su enemigo, dando al punto con la diestra mano sobre su cerviz y derribandolo en tierra.

Nezáhual en su furor quiso acabar allí con la vida del protervo, arrancando el puñal de su mano; pero—"nó"—dijo reprimiendo su enojo—"que el *¡cihuacoatl* de Castilla te dé la muerte, porque mucho es que la Vírgen Santa María haya querido traerme aquí para salvar á Papan.

Atando, pues, de manos y piés al rabioso raptor, los dos amigos lo dejaron en tierra para tomar aliento, y entónces Nezáhual como fuera de sí, pero á la vez entre inexplicables emociones de gozo, yendo á la Princesa que aun estaba aterrada:

—"¡Papantzin!—la dijo, vertiendo dulces lágrimas y estrechándola su cabeza contra el varonil pecho,—el Dios invisible y la Vírgen Santa han oido los ruegos de tu angustia y de la mia, y te han salvado y nos han salvado."

Papan entre llanto y sollozos de inexplicable consuelo, repetia lo que decia Nezáhual, y semejaba un lirio ajado por la lluvia, que sacude el rocío cuando huye la tormenta, disipada por el astro del dia.

"¡Cuán terribles—repetian uno y otro—son las penas y trabajos que el Señor Dios ha querido enviarnos; pero qué gozos vienen despues que su misericordia oye los ruegos de los atribulados y afligidos!"

Así pasaron las últimas horas de la noche, y Ecuangári, entanto, encendida una hoguera, velaba sobre el preso que yacia derribado á sus piés.

La aurora esclareció las selvas y los horizontes se descubrieron. Levantándose entónces los dos amigos y la Princesa, y desatados los piés del rabioso Maxtla á quien Ecuangári obligaba á marchar, tomaron la senda misma que habia traido el raptor pocas horas ántes.

Apénas entrados al camino público, hé aquí Tezozomoc con Atotóchtli, y la hermana de Nezáhual y muchos deudos y amigos venidos de Texcoco, los encontraron, y Papan lloraba enternecida y Atotóchtli la estrechaba contra su corazon, y todos se maravillaban de los favores de la Vírgen Santa María. Maxtlaton iba confuso y su vista exitaba el furor de los que venian al encuentro.

Llegados al frente de Texcotzinco, ya la concurrencia de los amigos y parientes de Papan y Nezáhual, y de la multitud siempre ávida de lo nuevo, era numerosa, y á poco, el príncipe Ixtlilxóchitl, Gobernador de los Acolhuis, se presentó acompañado de muchos que en vano habian perseguido, en la mayor parte de la noche, á los criminales autores de la maldad inaudita, por las montañas y llanuras. Papan con los suyos ascendió la colina para volver á la casa de su madre, y la muchedumbre cercando al malvado y á voces pidiendo su castigo, siguió con él su marcha hácia Texcoco. Nezáhual poco despues separándose de ellos vino á reunirse con la hija de Atotóchtli.

¡Cuántas fueron, oh Musa, las dulces palabras y las emociones de ventura que colmaron uno y otro corazon ese dia. Papan veía sonreir los cielos y percibia en el aura rumores felices; el hermano de Jocótzin, al escuchar la voz y mirar los ojos de la incomparable Tepaneca, probaba consuelos y dulzuras que tenian algo de celeste. Empero dias finales de amargura seguirian breve á esos goces fugitivos.